

Relación del discípulo con el nuevo converso

Al inicio del ministerio terrenal, el Señor Jesús dedicó tiempo para seleccionar a un grupo de individuos de diferentes ocupaciones para que estuvieran con él, a fin de instruirlos en el ministerio y hacer de ellos sus discípulos (ver Mar. 3: 13-19). En liderazgo hay una ley que se conoce como la «ley de proceso»: «El liderazgo se desarrolla día a día, no de un solo golpe» (*La Biblia de liderazgo de Maxwell*). En el campo espiritual, esa fue la ley que aplicó el Maestro, y aplica día a día para convertir a una persona en su discípulo, quien en el proceso de conocerlo va ejerciendo su discipulado al seguirle y compartir con otros esa experiencia y enseñanza recibida diariamente, convirtiéndose así en capacitador de otro discípulo.

En Hechos 9: 10-19 se relata la experiencia de un discípulo llamado Ananías, que vivía en Damasco, el cual solo se menciona dos veces en la Biblia. A este se le comisionó la tarea de dar el mensaje en respuesta a las oraciones de Saulo, un inconverso perseguidor de la iglesia, que después de la teofanía divina, camino a Damasco, recibe el llamado directo para servir como un discípulo de Cristo. En este relato se puede destacar la relación de un discípulo de Cristo con el nuevo converso.

La Biblia le da el distintivo de discípulo a Ananías, el cual recibe la dirección de su Maestro y, como fiel discípulo, efectúa la tarea asignada: darle a Saulo de Tarso el mensaje del Señor para su vida y ministerio. Se debe destacar que Ananías no lo conocía y la referencia que tenía del mismo no era buena. Por otro lado, Saulo tenía la alternativa de aceptarlo o rechazarlo; sin embargo, él oraba por la dirección divina en su vida y, al recibir la respuesta por medio de Ananías, la aceptó y fue bautizado.

Si se analizan las indicaciones del Señor a Ananías, no hay detalles de lo que hizo con el

nuevo converso, Saulo. Eso sucede en el discipulado, Ananías dedica tiempo para instruirlo después de ser bautizado; no solo estuvo con él, sino que lo llevó a otros discípulos que había en Damasco y relata que, enseguida, el recién converso, Saulo, predicaba a Cristo. Así debe establecerse la relación del discípulo con el nuevo converso. El discípulo debe dedicar tiempo para instruir, orientar, equipar, motivar, acompañar en el servicio al Maestro, aplicando la ley del proceso del discipulado, correlacionarlo con otros discípulos, ampliando el proceso enseñanza-aprendizaje, llevando a que el aprendizaje del discipulado sea significativo en la vida del nuevo converso.

En este aspecto es donde más se ha errado en el proceso del discipulado, el cual se debe mejorar; se comparte la Palabra, la persona toma la decisión de bautizarse y, tras hacerlo, se le deja a la deriva en la iglesia, para ir a buscar a otros con quienes compartir la Palabra. Un verdadero discípulo debe continuar enseñándole al nuevo catecúmeno los principios, normas, dones, capacidades, compromisos y demás, como discípulos de Cristo, hasta convertir a este nuevo miembro en otro discípulo de Cristo. Elena G. de White declara: «Cuando atesoramos el amor de Cristo en el corazón, así como una dulce fragancia no puede ocultarse, su divina influencia será percibida por todos aquellos con quienes nos relacionemos. El espíritu de Cristo en el corazón es como un manantial en un desierto, que fluye para revitalizarlo todo, y despertar, en los que ya están por perecer, ansias de beber del agua de la vida» (*El camino a Cristo*, cap. 9, p. 114).

Pr. Eluvinio Castellón,
presidente de la Asociación Metropolitana
de Panamá.